

Newton Compton Editores

Este libro es una obra de ficción. Aunque algunos personajes y circunstancias que en él aparecen se basan en hechos reales, cualquier referencia a personas, acontecimientos o lugares está al servicio de la ficción o son obra de la imaginación de la autora.

Título original: *Honor*

© 2022, Thrity Umrigar. Publicado originariamente por Algonquin Books of Chapel Hill.

© 2025, de la traducción por Begoña Prat Rojo

© 2025, de esta edición por Antonio Vallardi Editore S.u.r.l., Milán

Todos los derechos reservados

Primera edición: marzo de 2025

Newton Compton Editores es un sello de Antonio Vallardi Editore S.u.r.l.

Pl. Urquinaona, 11, 3.º 1.ª izq. Barcelona, 08010 (España)

www.newtoncomptoneditores.com

Gruppo editoriale Mauri Spagnol S.p.A.

www.maurispagnol.it

ISBN: 978-84-10359-28-4

Código IBIC: FA

DL: B 22.671-2024

Diseño de interiores:

David Pablo

Composición:

Javier Sánchez Meco

Impreso en marzo de 2025 en Puntoweb s.r.l., Ariccia (Roma), en Italia.

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico, telemático o electrónico –incluyendo las fotocopias y la difusión a través de Internet– y la distribución de ejemplares de este libro mediante alquiler o préstamos públicos.

Thrity Umrigar

El canto de los corazones rebeldes

Traducción de Begoña Prat Rojo



Newton Compton Editores
Barcelona, 2025

*A Feroza Freeland,
cuya luz ilumina nuestro camino*

Todo lo que no decimos lo llevamos en nuestras maletas,
en los bolsillos del abrigo, en nuestras narinas.

ILYA KAMINSKY

Este lugar podría ser hermoso, ¿verdad?
Tú podrías hacer que fuera hermoso.

MAGGIE SMITH

MUJER HINDÚ DENUNCIA A SUS HERMANOS TRAS EL ASESINATO DE SU MARIDO MUSULMÁN

SHANNON CARPENTER

Corresponsal en el sur de Asia

Birwad, India. Su rostro es una constelación de cicatrices.

Tiene el ojo izquierdo tan hinchado que no puede abrirlo, y la piel quemada de la mejilla y los labios está sujeta mediante una telaraña de puntos de sutura. El fuego dejó inservible su mano izquierda, pero, gracias a la cirugía reconstructiva, Meena Mustafa puede usar de nuevo la derecha para coger una cuchara y alimentarse sola.

Hace mucho que se extinguieron las llamas que se llevaron la vida de su marido Abdul, un hombre musulmán con el que se había fugado para casarse. Presuntamente, fueron los dos hermanos hindúes de la señora Mustafa quienes le prendieron fuego, furiosos por el enlace y en un intento, según fuentes policiales, de matar a la pareja para vengar el deshonor ocasionado por el matrimonio interreligioso.

«Aunque esa noche el fuego no me mató —comenta la señora Mustafa—, sí puso fin a mi vida».

Ahora, un nuevo fuego arde en su corazón: un deseo abrasador de justicia que la ha llevado a desafiar los deseos de su resentida suegra y sus vecinos musulmanes, y reclamar a la Policía que reabra el caso. Con la ayuda desinteresada de un grupo llamado Abogados por el cambio, la señora Mustafa ha decidido denunciar a sus hermanos, según ella, para que su marido reciba justicia.

En un país donde las muertes relacionadas con la dote, la práctica de prender fuego a las esposas y los casos de acoso sexual son el pan de cada día, el acto de rebeldía de la señora Mustafa la convierte en una figura singular en su comunidad. Sin embargo, su decisión también la ha relegado a una posición de marginalidad social en su pequeña y conservadora al-

dea musulmana, donde muchos temen las represalias de la mayoría hindú. Ella, sin embargo, no se deja intimidar: «Voy a seguir adelante con el caso, y lo hago por mi hija. Para poder decirle que luché en nombre de su padre», afirma.

La señora Mustafa es una mujer menuda y recatada, con una actitud dulce que esconde una voluntad de hierro. La misma voluntad que, en su momento, le permitió desafiar a su

hermano mayor y buscar trabajo en la fábrica textil local, donde conoció al que sería su futuro marido.

Animada por su abogada, accedió a concedernos una entrevista, con la esperanza de inspirar con su valor a otras mujeres indias para que se enfrenten a sus agresores.

«Quiero que el mundo sepa lo que le hicieron a mi Abdul –dice–. La gente tiene que conocer la verdad».

LIBRO PRIMERO



Capítulo 1

Un olor a goma quemada flotaba en el aire.

Eso fue lo primero que percibió Smita Agarwal al abandonar el aire frío y enrarecido del aeropuerto y adentrarse en la cálida y mansa noche de Mumbai. Casi de inmediato, retrocedió asaltada por el ruido: el rumor sordo de un millar de voces humanas, roto aquí y allá por unas carcajadas y el silbato agudo de un policía. Se quedó boquiabierta al ver el muro de personas que, detrás de las vallas metálicas, aguardaban la llegada de sus familiares, y se preguntó si la vieja costumbre india de acudir con toda la familia a despedir a los viajeros seguía vigente en 2018. Pero, antes incluso de alejar ese pensamiento, sintió un ardor en la garganta provocado por los gases de los tubos de escape y los oídos empezaron a pitarle con el estruendo de los coches que quedaban más allá de la multitud.

Se detuvo, un poco amedrentada. Su trabajo de corresponsal extranjera la llevaba a viajar por todo el mundo durante la mayor parte del año y, aun así, habían bastado unos segundos en la India para sentirse abrumada por el país, como si la hubiera golpeado una fuerza de la naturaleza; un tornado, quizá, o un tsunami que arrasaba con todo a su paso.

Cerró un instante los ojos y escuchó de nuevo el batir de las olas en las Maldivas, el paraíso del que se había marchado hacía tan solo unas horas. Abatida, maldijo la

extraña cadena de acontecimientos que la había llevado al lugar que había evitado durante toda su vida adulta: en primer lugar, el hecho de estar de vacaciones tan cerca de la India en el momento en el que Shannon la había llamado desesperada para pedirle ayuda y, en segundo, que el contacto de Shannon le hubiera proporcionado en cuestión de horas un visado turístico de seis meses. En aquel momento, deseó que sus gestiones no hubieran tenido éxito.

«Contrólate –se dijo a sí misma Smita por enésima vez, como había hecho durante todo el vuelo–. Acuérdate de que Shannon es una buena amiga». Recordó las sonrisas que le había sacado a su padre en los días posteriores al funeral de su madre, pero se obligó a dejar de lado aquella imagen mientras paseaba la mirada por la multitud, con la esperanza de encontrar al conductor que su amiga le había enviado. Un hombre le devolvió la mirada con desdén y frunció los labios en un mohín provocativo. Smita lo ignoró y escrutó el gentío en busca de alguien que llevara un cartel con su nombre, al tiempo que sacaba el móvil para llamar a Shannon. Pero entonces lo vio: un hombre alto vestido con una camisa azul sujetaba un letrero de cartón con su nombre. Aliviada, se acercó a él.

–Hola –lo saludó desde el otro lado de la valla metálica–. Soy Smita.

Él la miró y parpadeó con expresión de desconcierto.

–¿Hablas inglés? –se apresuró a decir ella. Tenía el hindi muy oxidado y le daba vergüenza usarlo.

Al final, el hombre le contestó en un inglés perfecto.

–¿Eres Smita Agarwal? –dijo, echando un vistazo a su cartel–. Vaya, se suponía que no ibas a llegar hasta las... ¿Se ha adelantado el avión?

–¿Qué? Ah, supongo que sí. Un poco. –Se lo quedó

mirando. Lo único que quería era preguntarle dónde estaba el coche, irse del aeropuerto y llegar al hotel Taj Mahal Palace, donde con suerte la esperarían una larga ducha caliente y una cómoda cama. Pero él se limitó a seguir mirándola, cosa que la enervó—. ¿Qué, nos vamos? El regresó a la realidad.

—Sí, sí. Disculpa. Claro, por favor. Por aquí.

Le indicó que se dirigiera a un hueco que había entre las vallas y ella se abrió paso entre los bulliciosos reencontrados acompañados de grititos, la profusión de besos que mujeres de mediana edad estampaban en caras y cabezas de adolescentes y los estrechos abrazos con los que se saludaban hombres adultos. Desvió la mirada para no perder de vista al conductor, que avanzaba entre la gente en dirección al agujero.

Una vez al otro lado, el hombre cogió su maleta de mano y miró a su alrededor, perplejo.

—¿Dónde está el resto del equipaje?

Ella se encogió de hombros.

—No llevo nada más.

—¿Solo una maleta?

—Sí. Y mi mochila.

Él meneó la cabeza.

—¿Ocurre algo? —preguntó ella.

—No, nada —contestó él y echó a andar de nuevo—. Es que... Shannon me ha dicho que eras india.

—Soy estadounidense de origen indio. Pero ¿qué tiene eso que...?

—Creía que no había un solo indio en el mundo capaz de viajar con una sola maleta.

Ella asintió, recordando a sus padres y las historias que contaban sobre sus familiares, que viajaban con maletas del tamaño de botes.

–Es verdad. –Smita lo miró, desconcertada–. ¿Y tú eres... el conductor de Shannon?

La luz de una farola alumbró el centelleo en los ojos del hombre.

–¿Crees que soy su chófer?

Ella se fijó en los tejanos azules, la camisa de corte elegante, los caros zapatos de cuero... y supo que había metido la pata.

–Shannon me dijo que mandaría a alguien a buscarme –balbuceó–. No me dijo quién sería, así que he deducido... –Se dio cuenta de que a él le hacía gracia su atu-
rullamiento–. Lo siento.

El hombre meneó la cabeza.

–Tranquila, no pasa nada. ¿Qué tiene de malo ser conductor? Pero no, solo soy un buen amigo de Shannon. Como tu vuelo llegaba tan tarde, me he ofrecido a venir a buscarte. –Le dedicó una rápida sonrisa–. Me llamo Mohan, por cierto.

Ella se señaló a sí misma.

–Y yo Smita.

Él agitó el cartel de cartón.

–Lo sé. Eres la Smita del letrero.

Ambos compartieron una risa incómoda.

–Gracias por venir a buscarme –dijo ella.

–No es nada. El coche está por aquí.

–Bueno, dime –dijo Smita mientras echaban a andar–, ¿cómo se encuentra Shannon?

–Le duele muchísimo la cadera. Supongo que ya lo sabes, pero le han confirmado que se la ha roto. No la pudieron operar porque era fin de semana y ahora han decidido esperar un par de días más, hasta que llegue el doctor Shahani. Es el mejor cirujano de la ciudad y el caso de Shannon es complicado.

Ella lo miró con curiosidad.

—¿Y Shannon y tú... estáis muy unidos?

—No somos novios, si te refieres a eso. Pero sí muy buenos amigos.

—Genial.

Smita envidiaba aquella faceta del trabajo de Shannon, que, como corresponsal del periódico en el sur de Asia, le permitía echar raíces y hacer amigos. Ella, en cambio, se centraba en escribir sobre temas de género y, al no pasar más de una semana o dos en el mismo sitio, no tenía tiempo suficiente para plantar las semillas de una posible nueva amistad. Echó un vistazo a la maleta que le llevaba Mohan. ¿Se sorprendería si supiera que tenía otras dos idénticas en su apartamento de Nueva York, preparadas con todo lo necesario para viajar de inmediato?

Mohan le estaba diciendo algo sobre Shannon y Smita se obligó a prestarle atención. Por lo visto, ella lo había llamado muy asustada desde el hospital y él había acudido de inmediato para estar con ella. Smita asintió, acordándose de lo sola que se había sentido cuando la habían ingresado por una gripe en un hospital de Río. Estar enferma en un país extranjero era duro y, seguramente, aquel hospital de Brasil había sido un paraíso comparado con el de Mumbai. Shannon llevaba en la India... ¿cuánto, tres años? Sin embargo, Smita no podía imaginarse lo que debía sentir al tener que someterse a una operación en un país extranjero.

—¿Cómo es el hospital? —le preguntó a Mohan—. Espero que sea moderno y vaya todo bien.

Él se detuvo y se volvió para mirarla con las cejas arqueadas.

—Por supuesto. Shannon está en el Breach Candy, uno de los mejores hospitales de la India. Además, en este país

hay algunos de los mejores doctores del mundo. Ahora somos un destino médico, ¿lo sabías?

A Smita le hizo gracia su orgullo herido, lo rápido que se había sentido ofendido, algo que también había apreciado en varios de los amigos indios de su padre, incluso –o, más bien, sobre todo– en los que llevaban mucho tiempo viviendo en Estados Unidos.

–Disculpa, no era mi intención ser grosera –dijo.

–No pasa nada. Mucha gente sigue creyendo que la India es un país atrasado.

Ella se mordió el labio para evitar que salieran por su boca las palabras que le vinieron a la cabeza: «Cuando yo vivía aquí lo era».

–El nuevo aeropuerto es precioso –dijo en cambio, a modo de ofrenda de paz–. Está a años luz de la mayoría de los aeropuertos estadounidenses.

–Sí. Es como un hotel de cinco estrellas.

Llegaron a un pequeño coche rojo y Mohan metió la maleta en el maletero.

–¿Quieres sentarte delante o detrás? –preguntó.

Ella lo miró sin entender.

–Delante, si te parece bien.

–Claro. –Aunque su rostro no dejaba traslucir emoción alguna, Smita percibió la sombra de una risa en su voz–. Es que... como te creías que era el chófer de Shannon, he pensado que igual preferías sentarte detrás.

–Lo siento –dijo ella con vaguedad.

Él sacó el coche del aparcamiento, se incorporó a un carril y procedió a maldecir entre dientes el atasco que se había formado para salir del aeropuerto.

–Hay muchos coches, para la hora que es –comentó Smita.

El chasqueó la lengua, exasperado.

–No tienes ni idea, *yaar*. El tráfico de esta ciudad va de mal en peor. –La miró de reojo–. Pero no te preocupes. En cuanto llegemos a la carretera principal, mejorará. Estarás en tu hotel en un abrir y cerrar de ojos.

–¿Vives cerca del Taj?

–¿Yo? No, vivo en Dadar. Más cerca del aeropuerto que de tu hotel.

–¿Cómo? –exclamó ella–. Pero entonces es absurdo que hayas venido. Podría... Podría haber cogido un taxi.

–No, no. No es seguro que una mujer coja un taxi a esta hora. Además, estamos en la India. Aquí jamás dejaríamos que alguien que viene a vernos coja un taxi en el aeropuerto.

Smita recordó a sus padres conduciendo hasta el aeropuerto de Columbus en pleno invierno de Ohio, bajo la aguanieve y las tormentas, para recoger a la gente que venía de visita. Nadie podía dudar de la hospitalidad india.

–Gracias –dijo.

–No hay de qué. –Mohan pulsó los botones del aire acondicionado–. ¿Estás a gusto? ¿Tienes calor? ¿Frío?

–¿Podemos subir un poco el aire? Es increíble el calor que hace aquí, incluso en enero.

Él le lanzó una mirada rápida.

–Dale las gracias al calentamiento global, exportado por países ricos como el tuyo a países pobres como la India.

Smita se preguntó si Mohan sería uno de esos nacionalistas como Rakesh, el amigo de su padre, que despotricaba de Occidente y llevaba cuarenta años organizando su inminente regreso a India. Sin embargo, el joven no se equivocaba. La propia Smita había defendido aquel argumento en otras ocasiones.

–Es verdad –dijo.

Estaba muy cansada y se le cerraban los ojos; lo último

que quería era enzarzarse en una discusión política. Él debió darse cuenta de su fatiga.

–Duerme un poco si quieres –le dijo–. Faltan por lo menos treinta minutos para llegar.

–Estoy bien –contestó ella, meneando la cabeza, y se distrajo contemplando la larga hilera de chabolas levantadas en la acera.

A pesar de lo tarde que era, varios hombres en mangas de camisa y lungui estaban reunidos delante de la boca abierta de los habitáculos, en el interior de alguno de los cuales ardían lámparas de queroseno.

Smita se mordió el labio inferior. Aunque estaba acostumbrada a la pobreza del tercer mundo, la escena que se reproducía al otro lado del cristal no había cambiado un ápice con respecto a la que ella recordaba de su infancia. Era como si la última vez que había ido con su familia al aeropuerto, veinte años atrás, en 1998, hubiera pasado por delante de aquellas mismas chabolas y aquellos mismos hombres. Si esa era la nueva India globalizada sobre la que no paraba de leer, estaban apañados.

–El Gobierno les ofreció dinero para que desalojaran el lugar y se trasladaran a viviendas públicas –le explicó Mohan–, pero se negaron.

–Ah, ¿sí?

–Eso parece. ¿Cómo vas a obligar a alguien a que se mude en un país democrático?

Se hizo un breve silencio y Smita tuvo la sensación de que el mero hecho de quedarse mirando abiertamente las chabolas había puesto a Mohan a la defensiva. Era una reacción que había visto a menudo en su trabajo: gente de clase media de países pobres que se ofendía ante la opinión de los occidentales. En una ocasión, en Haití, un funcionario local había estado a punto de escupirle en la

cara y había censurado el imperialismo estadounidense cuando ella le había preguntado sobre la corrupción en su distrito.

–Supongo que es normal –dijo–. Esta es su casa.

–Exacto. Es lo que intento explicar siempre a mis amigos y compañeros de trabajo, pero no les entra en la cabeza; y sin embargo tú has tardado menos de diez minutos en entenderlo.

Las palabras de Mohan la reconfortaron de una manera inesperada, como si le hubiera hecho entrega de un pequeño trofeo.

–Te agradezco tus palabras. Aunque yo viví aquí, por eso lo entiendo.

–¿Viviste aquí? ¿Cuándo?

–De niña. Tenía catorce años cuando me marché de la India.

–*Wah*. No tenía ni idea. Shannon me dijo que eras india, pero supuse que habías nacido en el extranjero. Por como hablas, pareces una *pucca* estadounidense.

Ella se encogió de hombros.

–Gracias. Supongo.

–¿Y tu familia vive aquí?

–No. –Y, antes de que él pudiera hacer otra pregunta, añadió–: ¿Y tú a qué te dedicas? ¿También eres periodista?

–Esa sí que es buena. No, nunca podría hacer lo que hacéis Shannon y tú; se me da fatal escribir. Soy ingeniero informático. Me ocupo de los ordenadores de Tata Consultancy. ¿Has oído hablar de los «tatas»?

–Sí, claro. ¿No compraron Jaguar y Land Rover hace unos años?

–Así es. Tata fabrica de todo, desde coches hasta jabón, pasando por centrales eléctricas. –Bajó un poco la ven-

tanilla—. Ahora estamos pasando por el Sea Link, que conecta Bandra con Worli. Evidentemente, no existía cuando tú vivías aquí, pero nos va a ahorrar un montón de tiempo.

Smita contempló las luces de la ciudad mientras el coche subía por el puente atirantado que se erguía sobre las aguas oscuras del mar Árabe.

—Vaya. Mumbai tiene el mismo aspecto que cualquier otra ciudad del mundo. Podríamos estar en Nueva York o Singapur.

«Salvo por el olor acre del aire cálido que se colaba por la ventanilla», pensó. Estuvo a punto de preguntarle a Mohan de dónde venía, pero decidió que sería mejor no hacerlo. Estaba de paso en aquella ciudad y, cuanto más se acercaban a su destino, más se ceñía el nudo que sentía en el estómago.

Lo cierto era que no quería estar en Mumbai. Por muchos puentes bonitos que construyera la ciudad, por cautivadora que fuera su nueva y deslumbrante silueta en el horizonte, no quería estar allí. Pasaría varios días en el hospital con Shannon y, en cuanto pudiera, se largaría. Aunque ya no le diera tiempo a reunirse con sus amigos en las Maldivas, no pasaba nada: sería agradable pasar el resto de sus vacaciones en su casa de ladrillo rojo de Brooklyn y mirar tal vez un par de películas. Pero ahí estaba ahora, en un coche que la llevaba a su habitación en el hotel Taj. Y también a su viejo barrio.

Smita Agarwal miró por la ventanilla las calles de una ciudad que en su día había amado, una ciudad que llevaba veinte años tratando de olvidar.

Capítulo 2

A la mañana siguiente, Smita se despertó pronto y, tumbada en una cama desconocida, creyó por un momento que seguía en el resort Sun Aqua, en las Maldivas. Escuchó el sonido de las olas rompiendo en la orilla y sintió cómo su cuerpo se hundía en la arena del color del azúcar. Pero entonces recordó dónde se encontraba y se puso tensa.

Salió de la cama y se dirigió al baño con paso cansado. Al volver a la habitación, fue a la ventana y descorrió las pesadas cortinas para dejar entrar la luz del día, el sol que derramaba su vida sobre el agua sin brillo y eternamente marrón del mar. Recordó la primera vez que había visto el océano Atlántico, el asombro que le había provocado su azul prístino, acostumbrada como estaba a las aguas turbias del mar Arábigo. Recordó cómo su padre gritaba a los criados de los edificios de la costa cuando arrojaban las bolsas de basura al agua y a los jóvenes que orinaban en el mar en las playas de Juhu o Chowpatty. «Pobre *papa*» pensó; cuánto había amado aquella ciudad para que, al final, esta no correspondiera su amor.

Miró por la ventana de la habitación hacia la Puerta de la India, el hermoso monumento de basalto amarillo que, con sus cuatro torretas y su arco, se erguía al otro lado de la calle. Tenía un aspecto sólido e inamovible, muy parecido a lo que en su día le había parecido su infancia en India. Cuando jugaba bajo aquel arco, no ha-

bría podido imaginarse que un día se alojaría en aquel majestuoso hotel. Era uno de los más lujosos del mundo: todo el mundo se había alojado allí, desde George Harrison hasta el presidente Obama. Sus padres y ella habían celebrado cumpleaños y otras fechas señaladas en los numerosos restaurantes del Taj, pero alojarse en él era harina de otro costal.

Se fijó en el reloj, cuyas agujas apuntaban las ocho de la mañana. ¿Era demasiado pronto para llamar a Shannon? ¿Estaría todavía durmiendo? En ese momento, el estómago empezó a hacerle ruidos y cayó en la cuenta de que los nervios le habían quitado el apetito y no había comido nada desde la tarde anterior. Decidió bajar a desayunar.

Media hora después entró en el restaurante Sea Lounge, que, para lo pronto que era, estaba bastante lleno. Una joven camarera, radiante con su sari azul, se acercó a ella. —¿Cuántos serán, señora? —preguntó.

Smita levantó el dedo índice y la chica la acompañó a una mesita junto a la ventana. Smita paseó la mirada por la sala y recordó la sutil elegancia que desprendía cuando, en su infancia, iba allí con sus padres, así como el servicio discreto e impecable y los enormes ventanales desde los que se veía el mar. Le agradó comprobar que la belleza del restaurante seguía intacta.

Cruzó la mirada con el hombre sentado en la mesa de al lado, al que el sol de Mumbai le había quemado la cara y que le dedicó una sonrisa ladina. Smita fingió no haberla visto, desvió la mirada hacia la ventana y parpadeó para reprimir las lágrimas que habían asomado a sus ojos. Era casi imposible estar en el Sea Lounge y no pensar en su afable y refinada madre. Cuando esta había muerto, Smita se encontraba en Portugal cubriendo una confe-

rencia de mujeres y, al recibir la llamada de su hermano mayor, Rohit, para comunicarle la noticia, ella le gritó y comenzó a maldecirlo, convirtiéndolo en el blanco de su desgarrador dolor. Pero allí, sentada en el restaurante favorito de su madre, el recuerdo de las tardes de sábado que habían pasado en el Sea Lounge, donde su madre siempre pedía un sándwich club de pollo y su padre bebía a sorbos una cerveza Kingfisher, le reconfortó.

Aunque al principio pensó en pedir un sándwich club en recuerdo de su madre, al final se decidió por una tortilla de espinacas y un café. El camarero le colocó el plato delante con la meticulosidad y la precisión de un mecánico que trabaja con el componente de un motor.

—¿Desea alguna cosa más, señora? —le preguntó en tono respetuoso.

Aunque debía de tener tan solo uno o dos años más que ella, su actitud obsequiosa, muy propia de los indios de clase trabajadora al dirigirse a los más ricos, le causó rechazo. Sin embargo, al echar un rápido vistazo al hermoso comedor, se dio cuenta de que nadie más —ni los numerosos alemanes y británicos, ni los barrigudos hombres de negocios indios reunidos con sus clientes— parecía darle importancia a la actitud servil del personal; de hecho, parecía ser lo que esperaban y requerían de ellos. Ya se había fijado en cómo el resto de los comensales chasqueaba los dedos para llamar la atención de los camareros y les hablaban en tono despectivo.

—No, gracias —dijo—. Tiene un aspecto delicioso.

Su comentario fue recibido con una sincera sonrisa de satisfacción.

—Buen provecho, señora —dijo él antes de alejarse en silencio.

Smita le dio un sorbo al café y a continuación se lamió

la espuma del labio superior. Había probado cafés de todas partes del mundo, pero aquella taza de Nescafé le supo a gloria. Sabía que en casa se burlarían de ella por eso –casi podía escuchar la voz cantarina de Jenna diciendo: «Por el amor de Dios, Smita, ¡es café instantáneo!» mientras disfrutaban de su *brunch* en el Rose Water, en Park Slope–, pero ¿qué le iba a hacer? Sus padres no le habían dejado beber café hasta el último año que vivieron en India y, aun entonces, solo le permitían beber un poco de la taza de su padre mientras él corregía exámenes.

Le bastaba con notar su sabor en la lengua para transportarse a su gran y soleado piso en Colaba, a tiro de piedra del Taj, y a aquellas mañanas de domingo en las que sus padres discutían amigablemente para decidir si ponían los CD de Bach y Beethoven de él o los *ghazals* de ella en la minicadena de la sala. Rohit se quedaba en su habitación sin salir de la cama y escuchaba Green Day o U2 en su walkman mientras su cocinera, Reshma, preparaba las *medhu vadas* y el *upma* típicos del sur de la India, que constituían su desayuno especial de los domingos.

¿Dónde estaría Reshma ahora? Seguramente seguía viviendo en aquella ciudad de veinte millones de habitantes, trabajando para otra familia. Smita pensó que le gustaría verla mientras estuviera allí, aunque no tenía ni idea de cómo encontrarla. ¿Habría mantenido su madre el contacto con ella tras su partida? No lo sabía. Todos habían hecho todo lo posible por olvidar lo que habían dejado atrás y construir una nueva vida en Estados Unidos. Tal vez fuera mejor no conocer el paradero de su antigua cocinera...

Reshma los acompañaba a menudo a la Puerta y vigilaba a Smita mientras ella jugaba bajo el arco. Era como si,

cada noche, media ciudad ocupara el paseo que quedaba frente a la orilla, con un olor a maíz asado flotando en el ambiente. Smita recordó cómo tiraba de la túnica de su padre y le pedía que le comprara la mezcla de cacahuets asados en arena y *chana*, para luego quedarse mirando cómo el vendedor ambulante rellenaba un cono de papel y se lo entregaba con una reverencia. Por no hablar de aquellos ocasos de la temporada de lluvias, cuando el sol arrojaba sus ascuas por el cielo y pintaba la ciudad de un naranja resplandeciente. ¿Había encontrado alguna vez, en todos sus viajes, una puesta de sol comparable a las de su infancia?

El camarero carraspeó para llamar su atención.

—¿Puedo retirarle el plato, señora? —preguntó—. ¿Estaba todo a su gusto?

Ella se volvió a mirarlo.

—Sí, gracias. —Sonrió—. ¿Es posible pedir otro café?

—Por supuesto, señora. ¿Le ha gustado?

Smita percibió en su voz el orgullo —no, era más que eso, como si hubiera alabado algo que le perteneciera— y se emocionó. Sintió deseos de preguntarle por su vida, por cuánto ganaba, por sus condiciones de vida, pero se fijó en que el restaurante estaba cada vez más lleno.

—Sí, mucho —contestó—. Es imposible encontrar un café como este en ningún otro lado.

Él asintió.

—¿Dónde vive usted, señora? —preguntó con timidez.

—En Estados Unidos.

—Eso me parecía. Aunque la mayoría de nuestros turistas son europeos.

—Ah, ¿sí? —preguntó ella, que no tenía interés en hablar de su propia vida.

Aquello era lo mejor de ser periodista: que le daba la

oportunidad de hacer preguntas en lugar de contestarlas. Rezó para que el camarero se diera prisa en ir a buscar la segunda taza de café y echó un vistazo al reloj, pero él no captó la indirecta.

—Es lo que he soñado toda mi vida —dijo—. Estudiar Dirección Hotelera en Estados Unidos.

Allí donde viajara, Smita escuchaba una u otra versión de aquella frase. Los detalles variaban, pero, en esencia, el sueño era el mismo: conseguir un visado turístico que les abriera las puertas de Estados Unidos, para luego hacer lo que fuera necesario para progresar: conducir un taxi dieciséis horas al día, dejarse hasta la última gota de sudor en la cocina de un restaurante, conseguir el respaldo de un empleador o casarse con un estadounidense. El objetivo final era obtener la tan codiciada *green card*, la versión moderna del santo grial.

Miró al delgado camarero, que tenía una deformación en el tórax que hacía que le sobresaliera el esternón, y el afán que vio reflejado en su rostro la obligó a apartar la mirada.

—Tengo un poco de prisa —dijo sin rodeos—. Pero le deseo mucha suerte.

Él se ruborizó.

—Sí, señora, desde luego. Perdón, señora.

Se alejó apresuradamente y regresó casi de inmediato con otra taza de café. Smita cargó el gasto a su habitación y dejó una propina del treinta por ciento. Se disponía a marcharse cuando el camarero se acercó de nuevo con una rosa blanca.

—Es para usted, señora. Bienvenida al Taj.

Ella cogió la flor sin saber muy bien si era costumbre del hotel regalarlas.

—Gracias —dijo—. ¿Cómo ha dicho que se llamaba?

Él dejó escapar una risita.

–No se lo he dicho, señora. Me llamo Joseph.

–Ha sido un placer conocerlo, Joseph. –Hizo ademán de alejarse, pero en el último momento se paró–. Igual puede ayudarme. ¿Sabe si está muy lejos el hospital Breach Candy?

–Por supuesto, señora. En taxi no se tarda mucho, aunque, claro, todo depende del tráfico. En la recepción pueden llamar a uno privado para usted y que disponga de aire acondicionado. Le costará un poco más, señora, pero vale la pena.

Capítulo 3

En lo primero que se fijó Smita al entrar en el hospital fue en las manchas de *paan* en las paredes del vestíbulo. Se quedó atónita. Cuando ella era pequeña, el Breach Candy era el mejor hospital de la ciudad, el lugar al que acudían a operarse las estrellas de cine, y por ello le sorprendió ver las manchas de zumo de betel.

Dejó de lado su aversión y se dirigió al mostrador de información, tras el cual había sentada una mujer con aspecto cansado.

–¿En qué puedo ayudarla? –dijo.

–Hola. Me gustaría saber el número de habitación de una paciente, Shannon Carpenter.

–El horario de visitas comienza a las once –contestó la mujer, fijando la vista en un punto indeterminado por encima del hombro de Smita–. Hasta entonces, no se permite entrar a nadie.

Smita tragó saliva.

–Ya. El caso es que llegué a Mumbai ayer a última hora y...

–A las once en punto. Sin excepciones.

La irritación de Smita se vio reflejada en su rostro.

–De acuerdo. En cualquier caso, ¿puede darme el número de habitación para que...?

–A las once en punto.

–Ya la he oído, señora. Solo le pido el número para no tener que volver a molestarla.

La mujer la fulminó con la mirada.

–Habitación 209. Y, ahora, por favor, tome asiento.

Como una niña castigada, a Smita no le quedó más remedio que esperar en el vestíbulo bajo la atenta mirada de la mujer. Echó un vistazo al reloj, aliviada al ver que no tendría que esperar mucho más y, en cuanto dieron las once, se puso en pie y se dirigió a los ascensores, donde ya había cola. Como solo tenía que subir dos pisos hasta llegar a la habitación, buscó la escalera y decidió ir por allí.

Al llegar a la segunda planta, una amable enfermera le indicó dónde se encontraba la habitación de Shannon. Mientras recorría el pasillo, vio a un grupo de gente reunida en el extremo y oyó a un hombre que alzaba la voz. Apartó la mirada y se concentró en los números de las habitaciones.

Se asomó a una que estaba vacía y, al ver un atisbo del mar al otro lado de la ventana, se vio asaltada de pronto por el recuerdo de un día en que había acompañado a su padre al Breach Candy a visitar a un compañero de trabajo que estaba enfermo. El mar quedaba tan cerca que le había dado la sensación de que el hospital estaba construido sobre un barco. Su padre se había reído de la ocurrencia y le había dado un apretón en el hombro mientras caminaban.

Al acercarse al grupo del pasillo, Smita procuró apartar la mirada y evitar escuchar lo que sin duda era una discusión acalorada, pero entonces se dio cuenta de que una de aquellas personas era Mohan. Sin embargo, él, que tan lánguido se había mostrado la noche anterior, ahora estaba tenso y tan enfadado que fulminaba con la mirada a una enfermera y a un hombre joven que vestía una bata blanca.

–Les estoy diciendo que hagan venir de inmediato al

doctor Pal. La paciente necesita que le suban la dosis de la medicación para el dolor.

–Pero, señor, ya le he dicho que... –empezó el joven residente.

–*Arre, yaar*, ¿cuánto rato vamos a estar dándole vueltas al mismo tema? Le he dicho que no estamos satisfechos con el tratamiento que le están ofreciendo. Ahora, vaya a buscar a su superior y que venga a hablar con nosotros.

–Como usted diga.

El joven se apresuró a alejarse, seguido por la enfermera.

–Hola –saludó Smita y Mohan la miró desconcertado.

–Ah, hola –dijo–. Lo siento. No esperaba que vinieras por tu cuenta. Estaba a punto de ir a buscarte.

–Me alegro de haberte ahorrado el viaje. –Smita desvió la mirada hacia la mujer que había junto a Mohan–. Hola, soy Smita.

La mujer, de unos veintitantos años, le dedicó una amplia sonrisa.

–Ah, hola, señora. Ayer hablamos por teléfono. Soy Nandini, la traductora de Shannon.

–Encantada de conocerte –dijo Smita, aunque una parte de ella no pudo evitar sentirse agraviada. Con la cantidad de gente que tenía Shannon allí para ayudarla, ¿de verdad hacía falta que interrumpiera sus vacaciones?–. ¿Dónde está? ¿Puedo pasar a verla?

–Sí, señora. Espere un momento. –Aturdida, Nandini le dedicó una mirada a Mohan antes de alejarse.

–Acaban de entrar con la cuña –explicó Mohan, siguiendo la mirada perpleja de Smita.

–Ah. –Smita se estremeció–. ¿Cómo lo...?

–Con mucho mucho cuidado. Aunque a Shannon no se lo parece. Creo que las enfermeras no han oído nunca a alguien que diga tantos tacos.

Smita se dio cuenta de que le costaba reprimir la risa.
–Sé a lo que te refieres. En la redacción, su mal genio también es legendario. –Ladeó la cabeza antes de preguntar–: ¿Hoy no trabajas?

–No. Esta semana tendría que estar de vacaciones en Singapur, pero el amigo con el que iba ha cogido dengue y las hemos cancelado. Así que tengo dos semanas libres.

–Y ¿por qué no has ido tú solo?

–Porque no le veo la gracia. –La miró con expresión apenada–. Yo no soy tan independiente como Shannon y tú. No soporto viajar solo. De hecho, si te soy sincero, no soporto estar solo. Supongo que en, ese sentido, soy como cualquier otro chico de Mumbai.

Lo dijo en tono irónico, como si se burlara de sí mismo. Aun así, ningún hombre estadounidense que se preciara habría admitido algo así. Si uno de los jóvenes de origen indio con los que su madre había tratado de emparejarla años atrás le hubiera hecho semejante confesión, Smita lo habría menospreciado. Pero allí, en el pasillo del hospital, la admisión de Mohan parecía normal. Humana. Smita entendía su punto de vista.

Dejó escapar un suspiro.

–Vaya, parece que a los dos se nos han torcido los planes para estas vacaciones.

Un auxiliar de enfermería salió de la habitación y, al cabo de un momento, Nandini se acercó a ellos apresuradamente.

–Pase, señora –dijo–. Shannon tiene ganas de verla.

Shannon estaba tumbada, con el cabezal de la cama un poco elevado y el pelo desparramado por la almohada. Aunque consiguió esbozar una sonrisa, a Smita no le pasó inadvertido el sudor de su frente y el dolor que velaba sus ojos grises.

–Hola, preciosa –la saludó al tiempo que se agachaba para darle un beso.

–Hola. Has venido.

Nandini le acercó una silla.

–Siéntese, señora –dijo.

Smita lo hizo al tiempo que tomaba la mano de Shannon.

–No sabes cómo lo siento –dijo–. ¿En qué lado ha sido?

–Es la cadera derecha. Y es mi puñetera culpa, por ir mirando el móvil mientras camino. Me tropecé con un bordillo.

–Lo siento. –Al alzar la vista, Smita vio a Mohan y Nandini hablando en el otro extremo de la habitación–. ¿Cuándo te van a operar? Dice Mohan que están esperando a un cirujano en concreto, pero estoy segura de que hay otros igual de preparados, ¿no?

Shannon hizo una mueca.

–Es una operación complicada. Cuando tenía veintitantos años me rompí la misma cadera, no quieras saber cómo, así que primero tienen que retirar esa prótesis y luego ponerme la nueva. El hueso ha crecido alrededor de la pieza vieja; es un jaleo. Y, por lo que parece, el doctor Shahani tiene mucha experiencia.

–Madre mía, Shannon; no tenía ni idea.

–Ya. –Shannon volvió la cabeza–. Mohan, ¿les has pedido que vayan a buscar al puto médico o qué?

–Sí. El residente ha dicho que... –Alzó la vista–. Mira, aquí está.

El doctor Pal era un hombre alto pero encorvado, con unas gafas sucias detrás de las cuales el cansancio apagaba su mirada.

–Sí, señora –dijo–. ¿En qué puedo ayudarla?

Shannon adoptó de inmediato un tono deferente.

–Siento molestarlo, doctor –dijo–. Solo quería... hacerle

unas preguntas. En primer lugar, ¿cuándo llegará exactamente el doctor Shahani a la ciudad? Y, en segundo, el dolor es insoportable. ¿No me pueden dar algo más fuerte?

El viejo médico permaneció impasible.

–Se ha roto la cadera, señora Carpenter. Para aliviar ese dolor lo que necesita es una operación. Por desgracia, el doctor Shahani no regresará hasta pasado mañana.

Shannon hizo una mueca.

–Dios mío.

–Lo lamento. –La expresión del doctor Pal se suavizó un poco–. A lo mejor podemos probar con otra combinación de calmantes. O, si le parece bien, otro médico podría operarla mañana mismo.

Shannon le dedicó una mirada de impotencia a Mohan.

–¿Tú qué opinas?

La mandíbula de él se tensó.

–¿Este otro cirujano es igual de bueno?

El doctor Pal se quedó un momento callado.

–Shahani es el mejor. Y, debido a la prótesis vieja, este es un caso complicado.

–¿Puede encargarse de los calmantes? –preguntó Mohan–. Hasta que no se encuentre mejor, no podrá tomar una decisión en condiciones, ¿no le parece?

Smita miró a Shannon por el rabillo del ojo y se preguntó si, pese a lo que le había dicho él, entre ellos había algo más que una simple amistad. Desde que conocía a Shannon, nunca la había visto confiar así en un hombre. Aunque lo cierto era que tampoco la había visto nunca en un estado semejante.

El doctor Pal hizo una reverencia.

–Los mantendré informados –dijo y salió de la habitación.

–Gracias, Mohan –dijo Shannon antes de dirigirse a Smita–: Smits, por eso te pedí que vinieras.

–Me quedaré aquí hasta después de la operación –respondió Smita enseguida–. Tengo un montón de días de vacaciones acumulados, así que puedo estar a tu lado todo el tiempo que haga falta.

Shannon meneó la cabeza.

–No, no te preocupes por eso. Tengo a Mohan. –Cerró los ojos un momento y los volvió a abrir–. ¿Has leído mis artículos sobre Meena, la mujer que ha demandado a sus hermanos por quemar vivo a su marido?

–¿Qué? Ah, sí, claro –contestó Smita, recordando algunos de los detalles.

No había prestado mucha atención porque la historia había avivado su rechazo a la India

–Genial. El veredicto se hará público en breve y necesitamos que alguien lo cubra. Tienes que ir a Birwad; es la aldea de Meena.

Smita miró a su amiga.

–No te entiendo –dijo al cabo.

–El veredicto se hará público en breve –repitió Shannon–. Necesitamos la historia.

La habitación se sumió en un silencio repentino y lleno de tensión, alimentado solo por la ira de Smita.

Consciente de que tanto Mohan como Nandini la estaban mirando, se mordió el labio inferior y trató de recordar los detalles de la conversación telefónica del día anterior. ¿Había mencionado Shannon el motivo por el que la quería en Mumbai? Por más que lo pensara, la respuesta era que no. «¿Por qué no fue más clara?», pensó Smita, que no podía quitarse de encima la sensación de que la habían manipulado para volver a la única ciudad a la que había jurado no volver jamás.

–¿Por qué no cubre la historia un corresponsal local?
–preguntó–. Creía que me habías pedido que viniera para ayudarte.

Vio que Mohan levantaba la cabeza con brusquedad. Una expresión de comprensión asomaba a su rostro.

–Eso hice –repuso Shannon perpleja.

Y, en ese momento, Smita se dio cuenta de que el dolor estaba nublando la percepción de su amiga.

–Bueno... No sé qué recuerdas de la historia, pero la situación es la siguiente –continuó Shannon, ajena al enfado de Smita–. Los hermanos de la mujer, Meena, le prendieron fuego por casarse con un musulmán, mataron a su marido y ella estuvo a punto de morir. La abogada que aceptó su caso *pro bono* consiguió que la Policía reabriera la investigación. –Shannon no paraba de abrir y cerrar los ojos, como si luchara tanto contra el sueño como contra el dolor–. En cualquier caso, se espera que el tribunal haga público el veredicto en breve. Y si conoces los tribunales indios y lo despacio que funcionan –le dirigió una mirada rápida a Mohan–, sabrás que se trata de un verdadero milagro. Tenemos que estar allí cuando den el veredicto, Smits.

–Por supuesto –respondió Smita–. Pero ¿por qué no le pediste a alguien de la oficina de Delhi que cubriera el caso?

Shannon alargó la mano y pulsó el timbre para avisar al personal.

–Perdona. Esta cadera es una hija de puta; cómo duele. Creo que me toca un buen chute.

–Iré a buscar a la enfermera –dijo Mohan de inmediato, pero Shannon negó con la cabeza.

–No, ya la hemos molestado suficiente. Enseguida vendrá alguien; son muy competentes. –Shannon se dirigió

de nuevo a Smita—: En circunstancias normales, James habría cubierto el veredicto, pero está en Noruega porque su mujer está a punto de parir. Y Rakesh... se va a encargar de la historia en la que estoy trabajando ahora. Además, no estoy segura de que Meena accediera a hablar con un hombre, Smits. Vive en un pueblo en el que todos son musulmanes. Es una zona bastante conservadora.

—Tiene razón —dijo Mohan—. Yo... Mis padres son de Surat, cerca de Birwad. Justo después de cruzar la frontera de Maharashtra-Gujarat. Conozco a la gente de la región y bajo ningún concepto dejarían que una mujer hablara con un hombre.

Una enfermera entró en la habitación y Shannon le pidió sus pastillas.

—*Shukriya* —susurró Shannon.

Smita vio la sonrisa de perplejidad de la enfermera por haber recibido las gracias en hindi.

—De nada, señora —respondió la joven.

Shannon dejó escapar un gemido y le apretó la mano a Smita mientras esperaba a que se le pasara un espasmo de dolor.

—¿Por qué no te han puesto un gotero de morfina? —quiso saber Smita.

Shannon le dedicó una mirada burlona.

—En la India no la administran con la misma facilidad que en casa. En cuanto me recupere, escribiré un artículo al respecto.

—Es absurdo.

Se hizo un repentino silencio en la habitación, como si todos se hubieran quedado sin nada que decir. Smita se volvió hacia Nandini.

—¿Has estado alguna vez en Birwad? ¿Está muy lejos de aquí?

–Sí, a unas cinco horas en coche.

En su tono de voz se percibía un resentimiento que sorprendió a Smita.

–Vaya...

Smita se mordió una uña para ganar tiempo mientras se devanaba los sesos.

Después de que la llamada de Shannon terminara abruptamente con sus vacaciones, había hecho las paces con la idea de regresar a Mumbai. Sentada en la habitación de su hotel en las Maldivas, se había recordado a sí misma todo lo que Shannon y ella habían vivido juntas: ambas habían trabajado en el *Philadelphia Inquirer* y, después, Smita había conseguido su puesto de trabajo en Nueva York gracias a la recomendación de Shannon. Cuando, ocho meses atrás, su madre había muerto, Shannon, que en aquel momento se encontraba en Estados Unidos, había pedido tres días de vacaciones para coger un avión a Ohio y asistir al entierro. Por encima de cualquier otra cosa, había sido aquella muestra de amistad y la sensación de estar en deuda con ella lo que había hecho que Smita accediera a coger un avión a Mumbai cuando Shannon se lo había pedido.

Creía que iba a ir allí para ayudar durante unos días a su amiga, al menos hasta que esta se recuperara un poco. Pero, en lugar de eso, ahora tenía que lidiar con todo lo que detestaba de su país: sus conflictos religiosos, su conservadurismo y la forma en la que trataba a las mujeres. «Pero si eres la puñetera reportera de temas de género –se recordó Smita–. ¿A quién iba a llamar Shannon? Sobre todo cuando tú estabas a tres horas en avión».

–Bueno, y ¿de qué estamos hablando? –dijo–. ¿Un artículo comentando el veredicto?

–Eso lo decides tú –contestó Shannon–. Tal vez podrías

reunirte antes con Meena y escribir un artículo corto sobre ella. Ya sabes, cómo afronta la situación, sus miedos y esperanzas. Y luego otro que refleje la reacción de los vecinos del pueblo cuando el juez haga público el veredicto. ¿Qué te parece? –Miró a Nandini–. Nan es estu-penda, por cierto; una profesional de los pies a la cabeza. Te ayudará en todo lo que necesites.

Smita decidió señalar lo que para ella era obvio.

–Bueno, la verdad es que no necesito una traductora. Sé que mi hindi no es perfecto, pero creo que me las puedo apañar. Allí hablan hindi, ¿verdad?

–Sí. Y un dialecto específico de *marathi*.

–Si me permitís opinar –intervino Mohan–, lo más difícil va a ser llegar allí. Es una zona muy rural. Creo que tener a alguien contigo como Nandini, que conoce el terreno, te será de ayuda.

Detrás de él, Nandini frunció el ceño, aunque solo Smita se percató.

–Hay una estación de tren, pero queda un poco lejos de Birwad –dijo Shannon–. Y el hotel en el que solemos alojarnos también está a cierta distancia de la aldea. Necesitarás un coche.

Smita asintió. No tenía ninguna intención de coger un tren en la India.

La enfermera volvió con las pastillas que había pedido Shannon y una botella de agua, pero Shannon le indicó que lo dejara todo en la mesita de noche. Una vez que la mujer se hubo marchado, puso cara de pena.

–En cuanto me las tome, dormiré como un tronco durante horas. Tengo que darte toda la información ahora.

–Vale –dijo Smita.

Las cosas estaban yendo muy rápido y tenía la sensación de que escapaban a su control. Ni siquiera se podía

plantear la posibilidad de rechazar el encargo. ¿Qué motivo iba a darle a su editor, Cliff, para negarse a cubrir la historia después de haber acudido allí de forma tan apresurada y temeraria? Lo más probable era que Cliff le hubiera dado permiso a Shannon para ponerse en contacto con ella. «Maldita sea –pensó Smita–, seguramente él también pensó que me estaba haciendo un favor y que era una gran oportunidad para mí». Pero ¿por qué no la había avisado? Habría agradecido cualquier cosa que le hubiera evitado la humillación de aquel malentendido.

Shannon rechinó los dientes por el dolor y empezó a hablar más deprisa mientras alargaba la mano hacia la botella de agua y las dos pastillas blancas. A Smita le dio un vuelco el estómago. Nunca se había roto un hueso y de repente se sentía enormemente agradecida por ello.

–Si me pasas mi teléfono, te daré el número de Anjali –decía Shannon–. Es la abogada que está ayudando a Meena. Hasta donde yo sé, Meena sigue viviendo con su suegra en las afueras de Birwad. Por cierto, los hermanos están en libertad bajo fianza, aunque te cueste creerlo. Habla también con ellos. Y entrevista al jefe de la aldea; ese tío es un cretino que intimidaba a Meena antes incluso de que se casara. –Se tragó las pastillas–. Si revisas los artículos que he escrito, encontrarás el nombre del pueblo de los hermanos. O igual Nandini se acuerda. Ah, y tienen otra hermana en alguna parte... –Shannon dejó el vaso en la mesita–. Gracias por encargarte de esto, Smits. Te debo una.

Aquello disipó las últimas dudas de Smita. Lo cierto era que, de ser ella la que estuviera en cama, le habría pedido a Shannon el mismo favor. Y esta la habría ayudado sin quejarse.

–No digas tonterías. Hoy mismo llamaré a Anjali para

organizar el viaje, aunque me gustaría estar aquí cuando te operen, si es posible.

–No hace falta. Mohan me ayudará...

–Es buena idea. –Nandini asintió con vigor–. Tenemos que estar aquí para la operación.

–No hace falta –repitió Shannon–. Tienes que ayudar a Smita.

Hablaron durante un cuarto de hora más, hasta que Shannon cerró los ojos y, al cabo de varios minutos, dejó escapar un sonoro ronquido y luego empezó a roncar más bajito. Smita se volvió hacia Mohan.

–¿Cuánto rato va a estar fuera de juego?

Él le dedicó una mirada interrogativa.

–¿Fuera de juego?

–Me... Perdona, me refería a cuánto duerme después de tomarse las pastillas.

–Ah, ya te entiendo. Con suerte, tres o cuatro horas. Aunque a menudo se despierta antes por el dolor.

–Vale. –Smita, que quería hablar con él en privado, paseó la mirada por la habitación–. ¿Crees que...? ¿Hay algún sitio donde pueda tomarme un café?

–Sí, claro –contestó él de inmediato–. ¿Quieres que vaya a...?

–Voy contigo –dijo Smita, que se levantó sin darle tiempo a reaccionar y se volvió hacia Nandini–. ¿Quieres que te traiga algo?

–No, gracias. Estoy bien.

–¿Seguro? Debes estar agotada.

–Estoy bien.

–Vale.

–No se lo tengas en cuenta –comentó Mohan en cuanto salieron de la habitación–. Nandini está muy preocupada por Shannon. Se siente responsable.

—¿Por qué? Fue un accidente.

Él se encogió de hombros.

—Viene de un entorno de clase media baja y es la primera de su familia en ir a la universidad. Shannon es una mujer estadounidense que la trata bien y la hace sentir valorada, por no hablar de que gana un buen sueldo porque trabaja para un periódico occidental. Entenderás por qué es tan leal.

—¿Cuánto hace que conoces a Shannon?

—Un par de años.

—Eres un buen amigo —dijo Smita mientras esperaban el ascensor—. Por ayudarla de esta manera.

—Y tú también. Por interrumpir tus vacaciones y volver a tu país para ayudarla.

—¿Mi país?

—Sí, claro. Me dijiste que habías nacido aquí, ¿no?

—Sí, pero... Bueno, era una adolescente cuando nos marchamos. —Meneó la cabeza—. No sé. No considero que la India sea mi país.

—¿Qué es entonces?

¿Por qué era tan puntilloso?

—Pues... no lo sé, no pienso mucho en ello —respondió al cabo—. No era mi intención ser grosera.

Mohan asintió.

—Tuve un amigo en la universidad —dijo al cabo de un momento—. Pasó un mes en Londres durante las vacaciones de verano; un mes. Y cuando volvió, de repente, hablaba con acento británico, como un *gora*.

En ese momento, las puertas del ascensor se abrieron y ambos subieron. Smita esperó a que Mohan siguiera hablando, pero él se había quedado callado.

—¿Qué tiene eso que ver conmigo? —preguntó ella al cabo.

–Detesto ese complejo de inferioridad que tienen muchos de los nuestros... De los míos. Parece que todo lo que viene de Occidente es mejor.

Al darse cuenta de que un joven escuchaba su conversación, Smita aguardó a bajar del ascensor para contestarle.

–Mohan, te entiendo –dijo ya en el vestíbulo–. Pero yo he vivido veinte años en Estados Unidos. Soy ciudadana estadounidense.

Él se detuvo a mirarla y, al cabo de un instante, se encogió de hombros.

–Perdona, *yaar* –dijo–. No sé cómo hemos acabado hablando de este tema tan absurdo. *Chalo*, vamos a comprarte ese café. La cafetería está por aquí.

Smita tenía la sensación de haber perdido parte del aprecio que él le tenía. «Que le den –pensó–. Al final resulta que sí que es uno de esos nacionalistas».

–Esta mañana he salido de casa sin desayunar –dijo Mohan–. ¿Quieres algo más aparte de café?

–Yo he comido bien en el hotel, pero tú pide lo que quieras.

Mohan pidió *masala dosa*. Smita reprimió su deseo de pedir un zumo natural y se conformó con el café.

–Antes me encantaba el zumo de lima dulce –dijo.

–Pues tómate uno, *yaar*. –Fue la inmediata respuesta.

–Me da miedo que me siente mal.

–Es culpa de tu estómago estadounidense –repuso él, aunque había una nota risueña en su voz.

Cuando le trajeron su *dosa*, Mohan cortó un pedazo del crep y se lo tendió.

–Toma. *Arre*, cógelo, *yaar*. No te va a pasar nada. Y, si te sienta mal, mira a tu alrededor: estás en un hospital.

Smita puso los ojos en blanco y se metió la *dosa* en la boca. A pesar de no tener el relleno de patata, seguía

sabiendo a gloria, mucho mejor que cualquier *dosa* que hubiera probado en Estados Unidos.

–Está riquísima –dijo.

A él se le iluminó el rostro y se apresuró a hacerle señas al camarero para pedirle otra.

–Cómete esta; enseguida me traerán una para mí.

–Ni hablar. Eres tú quien tiene hambre.

–Y tú la que está mirando esta *dosa* como si estuviéramos en medio de una puñetera hambruna. ¡Come! Salta a la vista que has echado de menos los sabores de casa.

A Smita se le llenaron los ojos de lágrimas, cosa que sorprendió a ambos. Avergonzada, ella apartó la mirada. ¿Cómo iba a explicarle que sus palabras le habían recordado lo que decía su madre cuando le contaba que echaba de menos el paisaje, los olores y los sabores de la India?

Mohan se reclinó en la silla y la contempló satisfecho.

–¿Lo ves? –dijo al cabo de un momento–. En el fondo, sigues siendo una *desi*.

Ella dejó de masticar.

–¿Por qué es tan importante para ti que considere la India como mi país? –preguntó, haciendo el símbolo de las comillas con las manos al decir las dos últimas palabras.

El camarero dejó la *dosa* de Mohan frente a él.

–*Shukriya* –dijo Mohan antes de dirigirse de nuevo a ella–: No es cuestión de que sea o no importante, *yaar*. Es solo que... ¿quién no echaría de menos Mumbai si se tuviese que ir de aquí?

–¿Qué es lo que iba a echar de menos? ¿El hecho de que, cada vez que subía al autobús, un desconocido se creyera con derecho a tocarme? ¿O que, cada vez que quería salir de casa con un vestido corto, mi padre no me dejara por la cantidad de hombres indecentes que hay por las calles? Dime.

–Eso no es justo –contestó Mohan–. Son cosas que pasan en todas partes, no solo aquí.

–Sí, sin duda. Lo que trato de hacerte entender es que tu Mumbai no es el mismo que el mío.

Mohan hizo una mueca.

–Te entiendo. Mi hermana me lo ha dicho más de una vez.

–Ya. –Smita asintió y se terminó el café–. ¿Cuántos años tienes tu hermana?

–Veinticuatro.

–¿Y va a la universidad en Mumbai?

–¿Shoba? No, está casada. Vive en Bangalore; yo soy el único que vive aquí.

–¿No tienes familia en Mumbai?

–No. Aunque odie estar solo.

Se lo veía tan avergonzado que Smita soltó una carcajada. Había algo en él que le recordaba a su hermano Rohit.

–Si no te importa, voy a pedir un bocadillo para Nandini –dijo Mohan–. Tiene que coger dos autobuses para venir aquí y estoy seguro de que hoy no ha comido.

Sin duda, se parecía mucho a Rohit.

–Por supuesto.

Smita ni siquiera se ofreció a pagar la cuenta. Mohan era un chico de Mumbai y los chicos de Mumbai no permitían que los visitantes pagaran la cuenta. Había cosas de las que todavía se acordaba.